

## **XXXII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B**

### **Para tu reflexión**

#### **AMADOR GONZÁLEZ RIVERA**

#### **“Esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie” (Mc 12, 43)**

Se nos presenta a dos mujeres creyentes, pobres y generosas, insignificantes para la mayoría, pero de una gran talla moral. Excluidas por la desgracia de ser viudas y no tener ingresos. Por ello son preferidas del Señor como dice el Salmo 145 “sustenta al huérfano y a la viuda”. Para poder ser correspondidos con el favor divino hemos de arriesgarlo que tenemos, nuestra seguridad, y compartir. La viuda de Sarepta se fio del hombre de Dios y compartió su último panecillo con el profeta Elías. Su generosidad le mereció el favor divino: “ni la orza de harina se vació, ni la alcuza de aceite se agotó”. La viuda del evangelio, observada por Jesús, echó poco, dos reales, pero todo lo que tenía para vivir.

Lo apostó todo. Dios no se fija en la cantidad sino en el significado intencional, se fija en si nos jugamos y apostamos todo por Él.

Dios quiere producir en nosotros el milagro del compartir, “hay para todos si compartes”, aunque sea un panecillo o unos céntimos. Quien comparte siempre le sobra, quien se guarda lo que tiene siempre le falta. Nos da miedo compartir porque creemos que nos va a faltar, porque ambicionamos.

En el fondo desconfiamos de Dios, nos fiamos más de nosotros y de lo que tenemos. Contrariando el refrán “se saca más dando que pidiendo”, es la mejor manera de expresar amor y de darse.

Bienaventurados los pobres, los que se vacían de todo y de sí mismos, porque esa es la puerta grande para entrar en el Reino de Dios. Casi nunca damos de lo necesario para vivir, damos de lo que nos sobra. Y menos todavía nos damos a nosotros mismos a quien nos necesita. Como decía San Vicente de Paul: “Por fortuna hay pobres para los pobres; solo ellos saben dar”. Aprendamos de ellos a dar más y pedir menos. Jesús dio su vida para enriquecernos con su pobreza. Que demos luz, verdad, esperanza, alegría, acogida, amor, tiempo, compañía, comprensión, dinero, en definitiva, que nos demos a nosotros mismos.

Hay que recordar que el amor conyugal se vive en la vida ordinaria y repetida de “lo de siempre”. Cada día vivido juntos, cada alegría y cada sufrimiento compartidos, cada problema vivido en pareja, dan consistencia al amor.

**Fuente: Con Vosotros, Diócesis de Ciudad Real, España**